

74/2013

13 agosto de 2013

*Zacarías Hernández Calvo\**

REFLEXIONES SOBRE LAS CAUSAS Y EL  
RESULTADO DE LAS GUERRAS

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

## REFLEXIONES SOBRE LAS CAUSAS Y EL RESULTADO DE LAS GUERRAS

### Resumen:

En la época actual de incertidumbre estratégica es obligado realizar una profunda reflexión que permita guiar el diseño estratégico y en particular de las posibilidades de empleo de la fuerza. Estudiar las causas de la guerra permite poder reflexionar sobre las razones y condiciones que hacen que los países empleen sus fuerzas armadas. El estudio de los determinantes del resultado de los conflictos permite entender las estrategias que funcionan y las causas sobre las que se fundamentan. No ser capaces de prepararse para los cambios en el escenario estratégico puede resultar peligroso.

### Abstract:

*In the current situation of strategic uncertainty we need to conduct a serious thought to guide the strategic design and specifically the possibilities of the use of force. To study the causes of war allows considering the reasons and conditions countries take into considerations to employ their armed forces. To think over determinants of war outcomes permits to understand why strategies work and the causes they depend upon. Continuing failure to understand and prepare for the changes in the strategic environment could be dangerous.*

### Palabras clave:

Guerra, conflicto, estrategia, empleo de la fuerza, causas de la guerra, resultado de la guerra.

### Keywords:

*War, conflict, strategy, use of force, causes of war, war outcomes.*

**\*NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

## INTRODUCCIÓN

El final de la guerra fría supuso el principio de lo que se describió en su momento como una “pausa estratégica”. La situación permitió a los ejércitos occidentales, siguiendo la estela marcada por los EEUU, pensar sin grandes cortapisas en el futuro del panorama estratégico y de la naturaleza de los conflictos. La situación actual es diferente. El final de los conflictos de Irak y Afganistán, con el consiguiente reajuste de los presupuestos de defensa tras más de diez años de intensas operaciones, parecen marcar el inicio un cambio estratégico que no está definido por la desaparición de la amenaza principal, sino por razones como el cansancio de las opiniones públicas tras los costes humanos y económicos de las operaciones, la crisis económica y la necesidad de reducir costes o la creencia en la falta de idoneidad del empleo de las fuerzas armadas para alcanzar los objetivos políticos en escenarios con gran complejidad.

En una situación definida por algunos autores como “repliegue estratégico” que se une al anunciado “pivote estratégico” de los EEUU hacia la zona Asia-Pacífico una vez iniciada la reducción de su esfuerzo en Afganistán y las recientes intervenciones en Libia y Mali por países occidentales, una importante crisis en Corea del Norte, una creciente amenaza química y nuclear y una guerra civil en Siria, en la que no se puede descartar algún tipo de intervención, si el tiempo de reflexionar sobre el futuro se desperdicia, el resultado puede ser realmente peligroso.

En la década de los 90, la desaparición de la URSS combinada con la superioridad adquirida por los EEUU parecía predecir que el futuro empleo de las fuerzas armadas se realizaría en campañas principalmente aéreas y marítimas en posibles conflictos con China por razón de Taiwán o con Corea del Norte por su programa nuclear, en operaciones de paz como las desarrolladas en la zona de los Balcanes, o en operaciones de estabilización como las realizadas en Somalia o Timor. En caso de combates terrestres, éstos se realizarían con una abrumadora superioridad tecnológica y táctica sobre el enemigo, en condiciones similares a las encontradas en la Guerra del Golfo de 1991. Volver a caer en los mismos errores que se cometieron puede ser fatal, porque las tendencias observadas sugieren un ambiente estratégico muy diferente al actual.

Este trabajo sólo pretende realizar una pequeña reflexión sobre algunos aspectos que pueden presentar una mayor permanencia en el escenario estratégico: las causas y los determinantes del resultado de los conflictos.

## CAUSAS DE LA GUERRA

Se puede encontrar una infinidad de definiciones de la guerra. Miguel Alonso Baquer describe la guerra como “un modo violento de estar organizados los grupos sociales. Es una forma de relación entre seres o grupos de hombres marcadas por el uso intencionado de la violencia”<sup>1</sup>. Desde este enfoque, sería la violencia el hecho diferenciador de la guerra de otras formas de conflicto entre grupos o estados, separándola de conflictos de intereses, rivalidades, disputas o amenazas de uso de la fuerza. Estas definiciones se encuentran en la línea de lo señalado hace ya 200 años por el famoso militar prusiano Carl Von Clausewitz, para quien “la guerra es, pues, un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad”<sup>2</sup>.

Para algunos autores, la violencia no sería definitoria únicamente de la guerra, sino que podrían existir formas de violencia que no se encontrarían clasificadas dentro del concepto de guerra. Entendiendo el propio Alonso Baquer que para Clausewitz, el autor de la violencia llamada guerra es necesariamente el estado y añadiendo que para saber en qué consiste la guerra, es precisa la comprensión del estado como algo personificado. De esta manera, coincide con Raymon Aron al afirmar la vigencia del concepto trinitario de la guerra defendido por Clausewitz. Al final del libro I de su obra “De la Guerra”, Clausewitz añade a su visión dual de la guerra otra definición en la que sus elementos constitutivos serían el gobierno, el ejército y el pueblo.

Sin embargo, existen otros autores que defienden un concepto de guerra fuera de la influyente definición trinitaria expuesta anteriormente, que se basa en la asunción de que la guerra está predominantemente realizada por estados o para hablar con mayor propiedad, gobiernos. Para estos autores, como Martin Van Creveld, las guerras que se pueden clasificar en la categoría de trinitarias son una excepción, siendo este tipo de guerras extrañas durante la mayor parte de la historia. La identificación de la guerra con el estado constituiría una limitación a la comprensión del concepto de la guerra que debería suponer que cualquier tipo de violencia que ocurra donde no haya un estado no podría calificarse de guerra. Para Van Creveld, en las sociedades tribales en las que no existe estado, no se reconoce una distinción entre pueblo y ejército y un simple estudio de las tipologías de guerras en los últimos años permite afirmar que la interpretación trinitaria de la guerra se desvaneció a finales del siglo XX, dejando de proporcionar un marco adecuado para su comprensión<sup>3</sup>. En lo que supone una separación total de la línea marcada por Clausewitz, afirma que existe un

---

<sup>1</sup> ALONSO BAQUER, Miguel. *¿A qué denominamos guerra?*, 2001, Ministerio de Defensa, p.13.

<sup>2</sup> CLAUSEWITZ, Carl Von. *De la Guerra*, 1831( Ed. 1975), Ediciones Ejército, p.29

<sup>3</sup> VAN CREVELD, Martin. *The Transformation of War*, 1991, The Free Press, p.57.

contexto en el que la guerra, más que cualquier otra actividad humana, sólo cobra significado cuando se interpreta, no como un instrumento, sino como un fin en sí misma.

Se puede aceptar que el concepto de guerra política de Clausewitz expresado en su conocida afirmación de que “la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios”, sigue siendo válido aplicado en países o alianzas como la OTAN. Pero una vez aceptada la subordinación política de la guerra, se hace necesario estudiar las razones por las que se han empleado los ejércitos de una u otra manera en distintos conflictos, las causas por las que eligen el empleo de sus fuerzas militares en vez de otros instrumentos para alcanzar sus intereses o resolver las diferencias con sus adversarios. Además, el estudio de cualquier fenómeno bélico requiere también la comprensión de cómo las percepciones y el comportamiento de los adversarios implicados interactúan para que se inicien las guerras y la forma en que afectan a su evolución. La guerra supone tanto una serie de decisiones en los órganos políticos como una interacción estratégica entre organizaciones políticas enfrentadas<sup>4</sup>.

Ante las muchas preguntas que se pueden hacer sobre la guerra, Bueno de Mesquita se pregunta si se puede imaginar hoy en día que la guerra es un instrumento para la mejora del bienestar nacional, si puede considerarse como una acción racional y calculada más que la consecuencia de un error o un accidente de la política o si se puede luchar una guerra con razón y por el bienestar general<sup>5</sup>. Las causas de la guerra han sido objeto de múltiples estudios con la esperanza de encontrar la manera de prevenirlas, aspecto crucial en las relaciones internacionales, aunque no todas las guerras pueden ser evitadas<sup>6</sup>.

Estudiada dentro de un paradigma realista, la guerra siempre tiene un propósito racional. Para Colin S. Gray, la guerra no es una institución autárquica ni autorreferente, ya que ir a la guerra supone establecer una relación política y legal, por lo que el propósito y la conducción de las guerras siempre son políticos<sup>7</sup>. Geoffrey Blainey afirma que a pesar de las altas expectativas antes de las guerras, el estudio de las guerras lleva a la triste conclusión de que “las guerras sólo ocurren cuando ambos rivales creen que se puede conseguir más a

---

<sup>4</sup> LEVY, Jack S. Theories and causes of war. En 2011, Christopher J. Coyne y Rachel L. Mahter, eds., The Handbook on the Political Economy of War (pp 13-33), Edward Elgar, p. 13.

<sup>5</sup> BUENO DE MESQUITA, Bruce. War and Reason: domestic and International Imperatives, 1992, Yale University Press, p.5.

<sup>6</sup> BIDDLE, Stephen. Military Power: Explaining Victory and Defeat in Modern Battle, 2004, Princeton University Press, p. 207.

<sup>7</sup> GRAY, Colin. S. Fighting Talk. Forty Maxims on War, Peace and Strategy, 2009, Potomac Books, p. 7.

través de la guerra que de la paz”<sup>8</sup>. También para Michael Howard, inequívocamente, la guerra es fruto de un acto racional<sup>9</sup>.

“Cualquieras que sean las causas subyacentes de un conflicto internacional, incluso si aceptamos el papel del militarismo atávico, o de los complejos industriales militares, o los factores socio-biológicos, o las tensiones domésticas en sus inicios, las guerras comienzan con decisiones conscientes y razonadas, basadas en el cálculo realizado por ambos bandos, de que pueden conseguir más yendo a la guerra que permaneciendo en paz.”

El estudio y discusión sobre las causas de la guerra es probablemente uno de los temas que más han sido tratados y se ha hecho desde múltiples perspectivas diferentes, como señalan Levy y Thompson<sup>10</sup>:

“Los académicos no sólo no están de acuerdo en la causas específicas de la guerra, sino que tampoco en la forma de aproximarse a su estudio. No es sorprendente que existan discrepancias entre académicos en distintos países y en diferentes disciplinas – que los psicólogos generalmente destaquen las causas psicológicas, que los economistas destaquen los factores económicos, que los antropólogos destaquen las causas culturales y así sucesivamente. Los académicos debaten no sólo sobre las causas de la guerra, sino sobre que aproximaciones teóricas y metodológicas se prestan mejor para la identificación de esas causas. El único consenso que parece estar surgiendo es que la cuestión de las causas de la guerra es enormemente compleja, aunque una minoría de académicos cuestionan incluso esta afirmación.”

Howard está de acuerdo con Brodie, y afirma que ningún tipo de conflicto entre estados o entre otros grupos sociales puede ser explicado atendiendo únicamente a una causa. Así, aunque los dirigentes puedan tomar decisiones emocionales o con prejuicios sus decisiones siempre se encuentran relacionadas con aspectos de poder, es decir, con su capacidad de controlar el entorno del que dependen la independencia de sus estados y, a menudo, los valores culturales de sus sociedades.

Pero además, el estudio de esta multiplicidad causal de los conflictos se complica incluyendo otra dimensión de complejidad debido a que cualquier variable puede influir en una guerra de maneras distintas durante diferentes periodos. Así, según Levy y Thompson, “la gran mayoría de las guerras no surgen de la nada sino que reflejan un proceso que se desarrolla en el tiempo. Conflictos de interés pueden llevar a crisis, y las crisis algunas veces escalan hasta guerras. Una determinada variable causal o diferentes combinaciones de

---

<sup>8</sup> BLAINEY, Geoffrey. The Causes of War, ed 1988, The McMillan Press Ltd, p. 127.

<sup>9</sup> HOWARD, Michael. The Causes of War, 1984, Harvard University Press, p.22.

<sup>10</sup> LEVY, Jack S. y THOMPSON, William R. Causes of War, 2010, Willey-Blackwell, p. 2

variables causales pueden tener diferente impacto en los diferentes estadios de la escalada, y la misma variable puede llegar a tener efectos opuestos en momentos diferentes”<sup>11</sup>.

Geoffrey Blaine, en su libro *Causes of War*, afirma que cualquier teoría sobre las causas de la guerra debe también ser capaz de explicar las causas de la paz, para evitar quedar incompleta, ya que si una variable es causa de la guerra, la misma variable será causa de la paz. Así, sostiene que las guerras finalizan cuando los contendientes se ponen de acuerdo en sus fuerzas relativas y que normalmente el comienzo de la guerra supone un desacuerdo en la evaluación de estas fuerzas relativas. Es decir, que una guerra tiene más posibilidades de comenzar cuando ambos contendientes se encuentran confiados en su superioridad. La evaluación de esa superioridad se encontraría en el análisis de siete factores<sup>12</sup>:

“uno puede suponer que las naciones, en la evaluación de su fuerza relativa se encuentran influidas por siete factores principales: su fuerza militar y la capacidad de aplicar esta fuerza con eficacia en la zona elegida de guerra; la predicción de como otras naciones se comportarán en el caso de que se inicie la guerra; la percepción de la unidad interna y la unidad o discordia en el enemigo; la memoria u olvido de las realidades de sufrir una guerra; la percepción de prosperidad y la habilidad para mantener económicamente la guerra prevista; nacionalismo e ideología; y la personalidad y cualidades mentales de los líderes que sopesan la evidencia y deciden entre paz o guerra”.

## EL RESULTADO DE LOS CONFLICTOS

Hace ya más de dos mil años Sun Tzu afirmó que “la victoria es el principal objetivo de la guerra”. Cuando un estado, alianza o coalición hacen empleo de sus fuerzas armadas, lo hacen asumiendo la posibilidad de muerte de sus soldados, además de causar la muerte en las filas del adversario y, cuando su empleo se realiza en cierta escala y zonas habitadas, inevitablemente el empleo de estas fuerzas puede causar la muerte de personal ajeno al conflicto. El empleo de la fuerza, con los costes asociados y sus inciertos resultados, evidentemente, descartando comportamientos irracionales, debe obedecer a que el resultado esperado excede los costes humanos y materiales y los riesgos estimados de la decisión de su utilización. Sin embargo, de una simple observación de los resultados, los líderes políticos que optan por la guerra, frecuentemente se equivocan en cuanto a su capacidad para alcanzar estos objetivos a un coste razonable. La diferencia entre la victoria y la derrota puede tener importantes consecuencias para los estados u organizaciones políticas que eligen o se ven abocados a relacionarse violentamente en una guerra.

<sup>11</sup> LEVY, Jack S. y THOMPSON, William R. *Causes of War*, 2010, Willey-Blackwell, p. 211.

<sup>12</sup> BLAINEY, Geoffrey. *The Causes of War*, ed 1988, The McMillan Press Ltd, p. 123.

Es difícil encontrar una definición clara del término victoria. La victoria en términos exclusivamente militares se puede definir como la derrota de un enemigo en una batalla o en la guerra, pero conviene distinguir la victoria a diferentes niveles, la táctica de la estratégica. La victoria estratégica en la guerra se podría definir como la consecución de los objetivos políticos principales para los que un actor ha elegido la costosa y arriesgada herramienta de la fuerza militar. Una victoria táctica puede no suponer siempre una victoria estratégica, incluso en ciertos casos, puede llegar a suponer una derrota estratégica.

Para Clausewitz, el objetivo al que debe dirigirse toda guerra para que esta responda al fin político es tan variable como los propios fines políticos y las circunstancias de la guerra. A pesar de la gran variedad de objetivos que puede tener una guerra, en términos abstractos, señala que se debe conseguir la anulación de las fuerzas militares, la conquista del país y someter la voluntad del enemigo. Sin embargo, no en todas las guerras tendrán como fin conseguir estos objetivos, bien por la improbabilidad de su consecución o por el excesivo precio a pagar para alcanzar el éxito.

Una vez comprendida la finalidad u objetivo de la guerra, el siguiente paso sería reflexionar sobre que influye en sus resultados, es decir, en la consecución o no de los objetivos propuestos. Para Patricia L. Sullivan es válida la tesis de que el éxito en la guerra requiere que los objetivos, los medios y el diseño estratégico se encuentren alineados. En el mismo sentido, Alonso Baquer<sup>13</sup> afirma que “la legitimidad de los fines políticos aceptados, la coherencia de los modos estratégicos elegidos y lo decisivo de los medios tácticos empleados, harán buena a una estrategia, además de hacer, en principio lógica y de convertirla, finalmente, en eficaz.

En los ámbitos militares profesionales se sostiene, de manera común, que objetivos políticos poco claros son una de las causas comunes de las derrotas en países militarmente poderosos. Sin embargo, Sullivan y Koch<sup>14</sup> afirman que, a pesar de existir una gran variedad de motivos de orden doméstico, político o estratégico para el uso de la fuerza, el objetivo final deseado a nivel político de las operaciones militares se encuentra normalmente claro. Lo que suele ser más difícil encontrar es la conexión entre los objetivos militares de una operación y la consecución de los objetivos políticos deseados.

Para Sullivan, las teorías que pretenden dar una explicación a los determinantes del resultado de las guerras se agruparían en cuatro grupos. En función de la principal explicación que estas teorías atribuyen a los determinantes del resultado se podrían agrupar

---

<sup>13</sup> ALONSO BAQUER, Miguel. ¿En qué consiste la Estrategia?, 2000, Ministerio de Defensa, p.50.

<sup>14</sup> SULLIVAN, Patricia L., y KOCH, Michael T. Military Intervention by Powerful States, 1945—2003. 2009, Journal of Peace Research 46, no. 5 (pp 707-18), p.711.

en: las de las capacidades militares, las de la estrategia militar, las de la voluntad de luchar y la de los tipos de objetivos marcados en la guerra, teoría esta última sostenida por ella.

La suposición de que las capacidades de combate son un determinante del resultado del empleo de la fuerza en guerras y conflictos se encuentran presentes en muchas teorías de las razones para decidir comenzar un conflicto con medios militares o del desarrollo de carreras de armamento. A pesar de existir diversas opiniones sobre si la igualdad de capacidades militares entre dos contendientes favorece o dificulta un inicio de hostilidades, los partidarios del poder militar están en general de acuerdo con que la diferencia de capacidades militares es uno de los elementos principales que determinan de manera directa el resultado de un conflicto.

Allan Stam defiende que los estados con una mayor base industrial y militar son capaces de causar mayores costes en un adversario y que esta base no es fácilmente variable en cortos periodos de tiempo. La superioridad industrial y militar sería un factor determinante en el resultado de un conflicto, si bien su importancia puede verse modificada por el modelo estratégico elegido<sup>15</sup>. Para Sullivan, el que un estado posea una superior tecnología, mejores capacidades tácticas, personal mejor formado, un mayor abanico de opciones a la hora de emplear su fuerza y mayores capacidades de producción no es suficiente. Esos factores por si solos no podrían explicar la razón por la que estados con amplias ventajas en capacidades, en muchas ocasiones, no son capaces de alcanzar objetivos incluso limitados cuando emplean sus fuerzas<sup>16</sup>.

Los factores materiales por sí mismos tampoco serían un correcto predictor de la capacidad de combate, siendo necesario estudiarlos en su interacción con otros factores no materiales. Entre estos factores no materiales se pueden destacar las doctrinas que regulan el empleo de la fuerza. Para Biddle, los estados que han sido capaces de implementar las adecuadas doctrinas de empleo de la fuerza se han aislado de los efectos de la mejora tecnológica, que por si sería un indicador del poder militar de menos importancia<sup>17</sup>. Por ello rechaza la visión tradicional de las teorías realistas y liberales que ven la capacidad militar como un producto del material, número de fuerzas, población, gasto militar o potencial económico, defendiendo que la capacidad militar es primordialmente consecuencia de la forma en que un estado emplea su fuerza. Un concepto unitario de la capacidad militar no representaría el potencial militar, que tendría un carácter multidimensional, ya que las diferentes posibilidades de empleo de la fuerza son muy diferentes y el hecho de dominar un tipo de

---

<sup>15</sup> STAM, Allan, C. Win, Lose or Draw, 1996, The University of Michigan Press, p.97.

<sup>16</sup> SULLIVAN, Patricia, L. War Aims and War Outcomes: Why Powerful States Lose Limited Wars, 2007, Journal of Conflict Resolution, 51, (pp 496-523), p.497.

<sup>17</sup> BIDDLE, Stephen. Military Power: Explaining Victory and Defeat in Modern Battle, 2004, Princeton University Press, p. 190.

empleo no significa dominar el resto, por eso no existiría una capacidad militar útil para todos los tipos posibles de empleo.

Según Colin S. Gray, las elecciones estratégicas pueden determinar la capacidad de alcanzar los objetivos políticos. De esta manera, una vez que se eligen los objetivos políticos, la estrategia sería la función que proporciona la teoría para alcanzar la victoria. Si la estrategia es inadecuada los fines políticos no se conseguirían. Según esta teoría, es en el nivel estratégico donde las posibilidades de victoria son determinadas principalmente<sup>18</sup>.

Si el poder militar tiene una relación directa con la victoria en una guerra, la conclusión sería que los actores débiles no podrían ganar nunca en su enfrentamiento con otros con mayor poder, especialmente cuando esta diferencia es acusada. Pero esta afirmación está refutada por la experiencia en conflictos asimétricos. Arreguin-Toft sostiene que el aspecto que mejor predice el resultado en conflictos asimétricos es la interacción estratégica que se produce entre los contendientes. De esta manera la interacción estratégica pondría de manifiesto las limitaciones a las que se ve sometida la diferencia de poder militar, existiendo condiciones en las que este poder puede tener más o menos influencia. Así, cada estrategia tendría una estrategia contraria ideal y los actores que son capaces de predecir la estrategia del adversario incrementan sus posibilidades de victoria, al poder establecer la estrategia contraria necesaria.

El fracaso en la elección de una estrategia correcta ha sido puesto de manifiesto como la principal causa de la derrota de los EEUU en Vietnam por muchos autores. Para Harry G. Summers, la razón de que a pesar de que las fuerzas de los EEUU hubieran tenido unos buenos resultados tácticos no se hubieran conseguido los objetivos previstos es por el fracaso de la estrategia empleada y su falta de enfoque hacia la consecución de los objetivos políticos, afirmando que los EEUU nunca dispusieron de una estrategia digna de tal nombre, sino en el mejor de los casos de una visión que define como “gran táctica<sup>19</sup>”. Andrew Keprinevich defiende la misma opinión denominando a la estrategia de los EEUU en Vietnam una “estrategia de tácticas”, achacando el estancamiento de las operaciones a la aplicación de una estrategia que reflejaba los métodos tradicionales de combate, en un conflicto absolutamente diferente a los que había participado durante los cincuenta años anteriores<sup>20</sup>.

---

<sup>18</sup> GRAY, Colin. S. *Fighting Talk, Forty Maxims on War, Peace and Strategy*, 2009, Potomac Books, p. 74.

<sup>19</sup> SUMMERS, Harry G., Jr. *On Strategy, A Critical Analysis of The Vietnam War*, 1984, Dell Publishing Books, p. 129.

<sup>20</sup> KREPINEVICH, Andrew. *The Army and Vietnam*, 1986, The John Hopkins University Press, p.164.

Andrew Mack, en su estudio de los conflictos asimétricos, intenta encontrar las razones que fuerzan a países militarmente poderosos a retirar sus fuerzas de conflictos en los que se enfrentan a adversarios más débiles. Con este propósito, intenta enfocar el estudio de las derrotas en conflictos asimétricos de una perspectiva diferente a la de las razones por las que el contendiente con mayor capacidad no fue capaz de imponerse mediante el empleo de la fuerza. Para Mack, una de las asimetrías claves que se producen en este tipo de conflictos es la que debido a la diferencia económica y de desarrollo tecnológico impide al contrincante débil atacar el territorio del poderoso. La conclusión de esta asimetría es que el adversario poderoso no puede ser vencido militarmente, lo que solo deja una posibilidad para los insurgentes que es la destrucción de la voluntad política del poderoso para continuar la guerra.

Ante la imposibilidad de la victoria militar, la estrategia de desgaste y alargamiento del conflicto a la que se verían avocados los adversarios débiles afectaría progresivamente a la voluntad de sostener la guerra por parte de los poderosos<sup>21</sup>:

“los gobiernos que se embarcan en este tipo de conflictos [asimétricos] por cualquier razón, deben tener en cuenta que, con el paso del tiempo, los costes de la guerra inevitablemente generarán una amplia oposición en casa. Las causas de la disidencia se encuentran fuera del control de la élite política; residen en la propia estructura del conflicto – en el tipo de guerra en la que se participa y en las asimetrías que forman su carácter distintivo. Por otro lado, los movimientos anti-guerra subestiman su eficacia política. No son conscientes de que en todos los conflictos asimétricos en los que un poder externo ha sido obligado a retirarse ha sido como consecuencia de la oposición interna. Por eso, cualquier análisis de los resultados de un conflicto asimétrico debe necesariamente tener en cuenta y explicar, no solo la tenacidad y resistencia de las fuerzas nacionalistas, sino también la generación de divisiones internas en el territorio de su enemigo metropolitano. En este tipo de conflictos, los movimientos anti-guerra – y en esto se incluyen todas las fuerzas sociales que se oponen a la guerra- han demostrado que son extremadamente exitosos en el largo plazo, a pesar de los fracasos y frustraciones iniciales.”

Patricia L. Sullivan defiende una tesis diferente con respecto al determinante de mayor importancia en la consecución de la victoria, sosteniendo que la naturaleza de los objetivos de la guerra es la variable principal que permite predecir el resultado de un conflicto. Cuando un actor persigue objetivos de guerra que pueden alcanzarse y mantenerse mediante la fuerza física, sus recursos materiales y capacidad de combate, en relación con

---

<sup>21</sup> MACK, Andrew. Why Big Nations Lose Small Wars: The Politics of Asymmetric Conflict, 1975 World Politics, Volumen 27, Nº02 (pp 175-200), Princeton University, p.200

los del adversario, serían los principales determinantes del éxito o fracaso. Sin embargo, en caso de que un actor sea dependiente de la aceptación por parte de una audiencia o población para la consecución de sus objetivos militares, deberá usar la fuerza de una manera persuasiva, empleando su capacidad militar de manera que consiga aceptación de esta audiencia o población, elevando los costes de resistencia actuales o anticipados. Objetivos como conquistar físicamente una región o un país o derrocar un gobierno se encontrarían en la primera categoría y las probabilidades de éxito de un actor serían directamente proporcionales a su ventaja en capacidades militares. Objetivos como buscar el apoyo de una población a un gobierno entrarían en la segunda categoría, y las probabilidades de éxito se relacionan de manera directamente proporcional a la mayor tolerancia a los costes de una guerra, es decir a la disposición de una mayor voluntad de sostener un conflicto en el tiempo. Cuanto mayor sean los objetivos dependientes de la conformidad del objetivo o población, mayor será la dificultad de traducir o los objetivos políticos en objetivos militares y establecer una relación directa entre capacidad destructiva y el estado final deseado en un conflicto.

Para Sullivan, las explicaciones sobre la preponderancia de las estrategias como determinantes principales del resultado de los conflictos no pueden explicar las razones por las que estados poderosos elegirían regularmente opciones estratégicas equivocadas. Mientras los estados débiles tienen limitadas sus opciones estratégicas, los estados poderosos disponen de la capacidad de elegir diferentes tipos de estrategias, y en el peor de los casos, cuando una estrategia se está demostrando ineficaz, cambiarla<sup>22</sup>. Las opciones estratégicas de cada estado se encontrarían limitadas por sus capacidades militares, su tolerancia al coste y sus objetivos de guerra, por lo que las opciones estratégicas no pueden ser consideradas una variable libre. Los actores militares poderosos que tienen opciones para elegir entre un amplio abanico de posibles estrategias emplearían estrategias equivocadas por falta de tolerancia de los costes humanos o políticos que acarrearían otras opciones, o porque los objetivos políticos que persiguen hacen que sus estrategias preferidas no sean las adecuadas<sup>23</sup>.

## CONCLUSIONES

Para una correcta adecuación al escenario estratégico al que nos enfrentamos en el futuro inmediato, el empleo de la fuerza, para resultar efectivo, no puede centrarse en las fuerzas armadas o combatientes de los posibles oponentes, sino en los contextos sociales y políticos

---

<sup>22</sup> SULLIVAN, Patricia, L. War Aims and War Outcomes: Why Powerful States Lose Limited Wars, 2007, Journal of Conflict Resolution, 51, (pp 496-523), p.497.

<sup>23</sup> SULLIVAN, Patricia L. Who wins? Predicting Strategic Success and Failure in Armed Conflict, 2012, Oxford University Press, p.13.

que estos generen. Esto no quiere decir en ningún caso que las fuerzas no deban diseñarse para el combate, sino que los aspectos sociales, culturales o políticos de las intervenciones y la capacidad de persuasión siempre serán necesarios para alcanzar los objetivos políticos, sin negar que la razón de ser del empleo de la fuerza reside en la capacidad de amenazar o forzar violentamente las intenciones de los oponentes. Si esto no se tiene en cuenta, el enemigo siempre tendrá la oportunidad de contrarrestar nuestras estrategias, incluso nuestras victorias tácticas.

La complejidad, la asimetría o los conflictos híbridos siempre han estado presentes en el escenario estratégico, por mucho que se repitan estos adjetivos no se va a ayudar a la preparación para la siguiente serie de conflictos en los que sean empleados las fuerzas armadas. Las circunstancias en el futuro próximo no tienen por qué suponer el empleo en masa de la fuerza, de hecho, este ha sido el empleo menos común a lo largo de la Historia. Nuestros intereses estratégicos requieren la protección de nuestros nacionales en el extranjero, de nuestros intereses nacionales, sean diplomáticos, económicos o de integridad nacional, y estarán amenazados por estados o grupos no estatales.

Para alcanzar estos objetivos políticos se necesitará desarrollar conceptos de empleo de la fuerza sólidos y unas fuerzas adecuadas a estos modos de empleo, si las fuerzas armadas españolas y occidentales quieren seguir siendo un instrumento útil. Hacer esto en épocas de limitaciones económicas es un importante reto, pero repetir los errores de la década de los 90 en los que el debate estratégico se centró en diseñar escenarios en los que el empleo de la fuerza se realizaba en las circunstancias que más se adaptaban a nuestras fortalezas o a nuestras estrategias preferidas, nos puede llevar a repetir los fracasos que tanta sangre, sudor, lágrimas y dinero han costado.

i

*Zacarías Hernández Calvo\***TCOL.ET.INF.DEM*

---

\*NOTA: Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.